

LIBROS DE HISTORIA ECONOMICA INTERNACIONAL

Tony SMITH, *Los modelos de imperialismo: Estados Unidos, Gran Bretaña y el mundo tardíamente industrializado desde 1815*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, 283 págs.

James FOREMAN-PECK, *Historia de la Economía Mundial: Las relaciones económicas internacionales desde 1850*, Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 1985, 381 págs.

Herman van der WEE, *Prosperidad y crisis: Reconstrucción, crecimiento y cambio, 1945-1980* (Vol. VI de la *Historial Económica Mundial del Siglo XX*, dirigida por Wolfram Fischer), Editorial Crítica, Barcelona, 1986, 680 págs.

Quien fuera Secretario del Departamento de Estado de USA, Henry Kissinger, señalaría en más de una ocasión que quien ocupare tal cargo debería saber adecuadamente economía. El factor económico como ingrediente de las relaciones internacionales nadie lo discute, pero su comprensión e integración suele dejar bastante o mucho que desear, en el supuesto de que no se le aparque sin mayores preámbulos. Los aparentemente detestados elementos tradicionales que comporta la vida tradicional, suelen explicarlo todo, echándose mano de lo económico como algo extraño que interfiere rotundamente la vida de la humanidad extraviándola por cauces no previamente trillados.

Los tres libros de historia económica internacional que se reseñan no tienen vertientes especulativas o moralizantes tan en boga. Incluso sucede lo contrario, que violan descaradamente moralinas edificantes que pontifican más que analizan las situaciones históricas concernidas. Cuando proceden a enjuiciamientos será a la luz bien contrastada de datos, hechos y desarrollos

admitidos. El método comparativo sirve con frecuencia de gran árbitro para desentrañar o al menos replantear debatidos problemas.

Tony Smith, precisamente porque aborda frontalmente la arisca cuestión del imperialismo, es el más combativo en sus interrogatorios a teorías y teóricos que dan demasiadas cosas por sentadas. Para el estudio de la complejidad de los hechos y fenómenos emplea una serie de teorías de «nivel intermedio» con preferencia a una «gran» teoría. Reconoce que su enfoque es menos integrado y más ecléctico que lo que ofrecen los marxistas, cuyo reduccionismo les hace desconocer elementos básicos por aquello de que si el hecho no se acopla a la teoría, tanto peor para el hecho. Ciertamente, es *un elocuente debelador del truco de la «totalidad»*. *El enfoque centra el análisis «en el razonamiento político internacional de los fuertes y las capacidades políticas internas de los débiles.»* El mismo término «imperialismo» lo define como «la dominación efectiva que ejerce un Estado relativamente fuerte sobre un pueblo más débil al que controla como lo hace con su propia población, o bien, como el esfuerzo tendente a lograr tal dominación», a sabiendas de que algunos de los términos utilizados no quedan del todo claros. En todo caso, para los casos británico y estadounidense «el imperialismo refleja una preocupación por el mantenimiento del rango internacional o de una forma específica de orden mundial», lo que hace a menudo que «algunos países débiles particulares son sólo escaparates en este juego más amplio cuyo enfoque primordial es multilateral, orientado hacia un interés por las cuestiones geopolíticas del balance de poder».

Ilustra con casos puntuales y concretos que debieran sonrojar a más de uno y que, sin embargo, campan por sus respetos. Por ejemplo, puestos a entrar en guerra en 1917, ¿por qué los americanos no lo hicieron del lado alemán y contra los británicos si de un problema de competencia económica se trataba?

Ciertos valedores de la teoría de la dependencia se ven particularmente aludidos, lo mismo que las tesis estructuralistas. Los datos de la «dependencia» de Australia y de Argentina en el pasado son elocuentes en mayor detrimento de aquella y, sin embargo, su evolución final ha sido muy distinta. Los ingleses, franceses y holandeses resolvieron de manera muy diferente sus problemas coloniales en el Sudeste y Sur de Asia tras la II GM y ello se debe a sus propias posturas metropolitanas con las subsiguientes respuestas. Los casos de Allende, Castro, Idi Amin, Ian Smith, Mobutu, el Sha o Somoza indican que si los recursos económicos suministran cierta influencia política en determinadas circunstancias, esto es raramente decisivo y en ocasiones es incluso impotente.

Se detecta algún que otro pequeño error, como adjudicar a Turquía me-

dio millón de kilómetros cuadrados (pág. 106), dar la distancia entre Argel y Marsella en apenas 800 km. (pág. 145) ...

Con J. Foreman-Peck tenemos, como él mismo aclara, *una* historia, no *la* historia de la economía mundial. Ella suele afectar a los debates políticos contemporáneos (actuales), a empezar por los países en desarrollo cuando se interrogan sobre su atraso. No resume demasiado para no caer en una «teoría atemporal y vacía» (por lo que considera oportuno incluir detalles puntuales como que en 1932 Hungría y Checoslovaquia intercambiaron huevos por carbón). Hace constar de todos modos que se propuso escribir sobre relaciones económicas, no sobre relaciones políticas, así como enlazar la teoría económica internacional y la historia, para mutuo beneficio de ambas. El producto obtenido es nítido, no dado a extravíos para el estudiante, tan excesivamente abocado a ideas desacreditadas o intrascendentes o a técnicas poco comprensibles.

Lo mismo que Tony Smith, Foreman-Peck se apoya en los padres fundadores Marx & Engels, quien por cierto no se iban con alambicamientos para decir lo que pensaban de ciertas acciones imperiales, a empezar por la acción militar, como tantas citas, eludidas por los leninistas, indicarían. Al igual que el libro antes reseñado, el de Foreman aloja las distintas épocas sin desproporciones de espacio, dando por tanto idéntica importancia al argumento en cada momento que sucede. La primacía del «imperialismo comercial» es el inicial, pero se abrirá paso y se dará un verdadero vuelco a un imperialismo más formal, el de la ocupación territorial desde fines del siglo pasado. Cada una de las dos guerras mundiales se limita a un epígrafe, no carente de lógica si nos atenemos al subtítulo del libro.

Se subraya la importancia relativa que tuvieron las colonias para las metrópolis desde el punto de vista económico. Se evidencia igualmente la política comercial del sistema comunista por lo errática, constatándose como la Unión Soviética a partir de cierto momento poststalinista sale perjudicada en los intercambios por mor de sus necesidades políticas y estratégicas. Algunas citas ejemplificadoras son de antología, por ejemplo, la confesada ignorancia de un Richard Nixon en cuestiones de política monetaria internacional en momentos cruciales para la libra esterlina y no digamos sobre la lira, lo que no hace sino subrayar cómo podía comportarse el dólar, en perfecta impunidad no obstante la crisis generalizada. O bien, el riesgo del impago de préstamos a determinados países, subsanado por el procedimiento de añadir más deuda a la deuda... ¡Y eso que el libro concluye antes de la crisis de la deuda exterior desencadenada en Iberoamérica en verano de 1982! En todo caso, piensa que «La pauta de auges y depresiones del siglo XIX que culminó en la Gran Depresión de 1931, parece que no va a repetirse, dado que la mayoría de los gobiernos han tomado conciencia de la im-

portancia que tiene impedir que se hundan sus sistemas financieros. Sólo si se rompiese la cooperación financiera internacional podría sobrevenir una crisis parecida debido a los problemas de la deuda de los años de 1980» (págs. 370-371).

Un excelente libro que se detiene antes de la «reaganomics» y para quien busque información tranquila, coherente e incisiva. Se pone de evidencia cuanto importa el pasado, y más cuando ya no es tan histórico. Hace cosa de treinta años la carga de «la deuda promediaba el 6 por 100 de los beneficios exportadores, elevándose al cabo de diez años al 12 por 100. Argentina, incapaz de satisfacer sus obligaciones, renegoció cuatro veces en ocho años su deuda externa e Indonesia lo hizo tres veces en tres años» (pág. 350). Y sin embargo, la deuda siguió creciendo hasta llegar a la bomba actual. Para que luego digan del capitalismo rapaz, con gnomos maquiavélicos.

El tercer libro corresponde al sexto y último de una historia mundial de la economía de nuestro siglo publicada en Alemania y que cubre desde 1945 hasta 1980. Dispone de un espacio cuatro veces superior para cubrir similar período tratado por Foreman-Peck, si bien si éste se concentraba en las relaciones económicas internacionales, Van der Wee cubre la economía como un todo aún concentrándose en Europa, Norteamérica y Japón, asumiendo la del resto del mundo cuando su economía se articule estrechamente con Occidente. Desde finales de los sesenta tanto el Tercer Mundo como el Mundo Comunista se integran más resueltamente en la economía mundial, por lo que son examinadas más cuidadosamente en este pasado más tardío. Los aspectos demográficos, revolución verde, materias primas son también tratados con rigor.

Si como un todo el libro rezuma optimismo, no descarta nubarrones allí donde cree verlos. Así, sobre la Comunidad Económica Europea dice que las incorporaciones de Grecia (1981) y las previstas de España y Portugal (1986) «no impulsará, sino más bien todo lo contrario, la integración económica e incluso política de Europa» (pág. 443).

Es de apuntar que pese al menor espacio disponible, Foreman considera útil señalar cómo se distribuyó la ayuda del Plan Marshall en tanto que Van der Wee, que le dedica más páginas, lo obvia. Lo que es más, el último le adjudica un monto de 17.000 millones de dólares, mientras que el primero lo precisa en 15.750 millones, diferencia sustanciosa que haría a una Alemania Occidental quedarse virtualmente sin la parte que le tocó. Son detalles que suelen alertar ante afirmaciones y datos menos contrastables.

Ambos libros van bien dotados de tablas estadísticas y gráficos. El de Van der Wee alberga un copioso índice alfabético total, lo que brilla por su ausencia en el de Foreman. Este, por contra, enuncia los numerosos epígrafes de cada capítulo en el índice general, en tanto, que aquél sólo titula el

capítulo. Y a pesar que el libro de *Crítica* lleva mucho más espacio y contenido que el de *Ariel* (y viene traducido del alemán y no del inglés como el segundo) las curiosas leyes empresariales (¿económicas?) hacen que el presuntamente más caro se venda más barato que el presuntamente más barato. Cosas veredes...

Algunos errores deslizados son subsanables (por ejemplo, si Japón vio destruidas la cuarta parte de sus viviendas durante la última guerra, el número de japoneses sin alojamiento sería de 20 y no 2 millones, cf. Van der Wee pág. 16). Lo que no es de recibo es que buenos traductores, en ocasiones con ulterior revisión técnica de la traducción castellana como es el caso de Foreman-Peck, se cuelen los inefables *billones* en lugar de miles de millones, al menos en algún momento. Así, por ejemplo, a la hora de cuantificar la cuestión de las reparaciones alemanas tras la I GM se crea un verdadero caos en la cuantificación (pág. 225) que debiera haber alertado las cifras manejadas seis páginas más adelante. Al lado de esto, el que reiteradamente se hable de «hindúes» o «gobierno hindú» en lugar de «indios» y «gobierno indio» (como con toda probabilidad debe decir el original) es simplemente nada.

Tomás MESTRE VIVES

